

Managua, 5 de Marzo de 1931.

Señor Dr. don José Bárcenas Meneses,
Granada.

Mi estimado amigo:

Han pasado ya largos tres años desde el día en que ofrecí a Ud. comunicar por escrito mis recuerdos de los sucesos de La Cuesta, ocurridos el 25 de julio de 1893, pero limitándome a los que yo presencié, y nada más que a estos.

Después de haber contraído con Ud. ese compromiso, algunos de nuestros hombres públicos han escrito sobre ese mismo tema y narrado los hechos, ya de un modo o ya de otro, originándose de aquí una controversia con detrimento de la verdad histórica y menoscabo del buen nombre de los personajes que figuraron en primera línea en aquel drama que marca un punto sangriento en la historia de nuestros desórdenes políticos. Cada cual los ha narrado persiguiendo un fin particular, y con harta frecuencia cegado por esas pasiones que todo lo deforman y corrompen.

Al ver semejante estado de cosas, yo hice lo de aquel fraile que predicaba contra el Pecado Mortal, y que al ir enunciando cada una de sus horrorosas consecuencia, decía, ocultándose en el púlpito: "por eso yo, hermanos míos, me escondo"; y me escondí, Dr. Bárcenas, me escondí resuelto a no decir a Ud. ni una palabra más sobre asunto tan peligroso; aunque Ud. jurara por las Siete Cabritas, que guardaría relativamente a mí la más absoluta reserva.

Y así he dejado correr los años, confiado en que la acción del tiempo haría que Ud. se olvidara de La Cuesta, y con La Cuesta me olvidara a mí también. Pero nada, siempre me tiene Ud. presente en su memoria; y como acreedor terrible y feroz, no hay día que no me llame con el feo cognomento de tramposo, sin consideración a mis años, ni respeto ni miramiento ninguno, sea cual fuere el lugar, delante de todo el mundo, y aun del mismo "Sursum Corda".

Ya ésto no es vida; tengo que librarme de Ud., cueste lo que cueste. Hay que pagarle lo que le debo, para gozar de tranquilidad. Haré, pues, un esfuerzo para recordar cosas que de puro viejas tengo casi olvidadas, y las referiré a Ud. tal como vayan apareciendo en mi memoria.

Yo fui llamado a Managua para colaborar en la Mayoría General en lugar de don Ascensión Paz Rivas, quien debería ir a Matagalpa para organizar un ejército que operaría bajo su mando en los departamentos del Norte.

Tan luego hube llegado a la Capital hice a don Ascensión la pregunta acostumbrada:

Cómo vamos?

El me contestó:

Va Ud. a juzgar con su propio criterio. Véngase conmigo; y me llevó de cuartel en cuartel. Todos ellos presentaban el aspecto de un mercado: mujeres con bateas vendiendo pasteles y otras chucherías, muchachos y soldados entrando y saliendo en medio de una confusión de voces y palabras mal sonantes.

—Lo está viendo? me dijo: no tenemos ejército, no hay organización ninguna.

—Por manera que si nos atacan?

—Deduzca Ud. las consecuencias.

Don Pedro José Chamorro y yo, que éramos los únicos colaboradores de la Mayoría General, fuimos llamados del Palacio en la madrugada del 25 de julio. Una avanzada de los revolucionarios se había presentado en La Cuesta, y se había retirado después de un corto tiroteo. Se creía que la batalla se empeñaría de un momento a otro, y se nos pidió el estado y situación del ejército, por orden del General en Jefe.

Si la memoria no me es infiel, ese estado fue el siguiente:

En Tipitapa, a las órdenes del Gral. Carlos Alegría	800	hombres
En Sabana Grande, a las órdenes de don Salvador Chamorro	200	"
En el Cuartel Gral. a las órdenes del Gobernador J. M. Cuarezma	400	"
En la línea de fuego, incluyendo 600 hombres que estaban en Motastepe a las órdenes del Gral. Hipólito Saballos	2,600	"
	TOTAL	4.000 hombres

Como estaba previsto, el ataque de los revolucionarios no se hizo esperar, y la batalla se empeñó en toda la línea al amanecer el día 25 de julio. Don Pedro José Chamorro montó su caballo y salió para la línea de fuego: las descargas de los rifles y el estampido del cañón ejercían sobre su alma ardiente atractivo irresistible.

He aquí una circunstancia que a todos llamó la atención: los Generales Managuas habían dormido en sus casas a pierna suelta, y a las ocho de la mañana no daban trazas de ir a ocupar sus puestos. Se les ordenó salir inmediatamente, y salieron, pero sin aquel entusiasmo que mostraron en La Barranca. El Gral. Paiz manifestó que no podía ir porque el día anterior había recibido un fuerte golpe en una de las piernas. Se decía públicamente que todos ellos, como buenos managuas no querían poner obstáculos al Gral. Zelaya para que ascendiera al Poder.

En las primeras horas del día recibí un telegrama del Gral. don Eduardo Montiel, concebido en estos términos:

"Diga Ud. al Mayor General que se hayan aquí (Granada) 300 rameños, que ordene venga tren para ir con ellos a tomar parte en la acción"

Yo mismo fui el encargado de ir al Ministerio de Fomento a pedir al señor Ministro que enviara ese tren lo más pronto posible. Cuando regresaba de cumplir esa orden, vi al General en Jefe con el chilillo levantado contra un oficial, diciéndole con voz alterada.

¡En estas circunstancias... !!

Todos teníamos la esperanza que a la llegada del Gral. Avilés al lugar de la batalla nuestras tropas cobrarían nuevo ardimiento; y ello, con las disposiciones acertadas del Jefe, asegurarían el triunfo al Gobierno del Gral. Zavala; y así parecía confirmarlo las primeras noticias que comunicó el Gral. Avilés.

"La batalla está empeñada en todas las líneas, decía en un telegrama. Nuestros Jefes, Oficiales y soldados pelean con sin igual bravura. El triunfo será nuestro".

El mismo Gral. Avilés ordenó al Gral. Saballos que con sus seiscientos hombres atacara el flanco derecho de los revolucionarios.

El Gral. Saballos contestó que tan luego él abandonara Motastepe, el enemigo que tenía enfrente ocuparía aquella posición formidable. Por eso pedía que se le confirmara la orden. Esa orden no le fue confirmada, y él se quedó allí inactivo. El enemigo que tenía enfrente era el Gral. Aurelio Estrada con unos cuatro individuos, que con sus vociferaciones y las descargas de sus rifles, le hicieron creer que tenía a la vista la vanguardia de un ejército. Con esa treta lograron los revolucionarios lo que se proponían: evitar que Saballos fuera a tomar parte en la acción.

Poco después del telegrama que dejo transcrito, recibimos este otro del General en Jefe:

"El enemigo ha sido rechazado de todas partes. Sólo queda haciendo una débil resistencia por el flanco derecho. Salgo en estos momentos a picarle la retaguardia, con lo cual quedará asegurado nuestro triunfo".

En esas circunstancias salió el Sr. Presidente Zavala para La Cuesta. ¡Cuán distintas iban estas a ser a su regreso unas pocas horas más tarde! Los soldados bisoños se parecen en muchas ocasiones a ciertos animales de presa que al caer sobre sus víctimas los hace salir huyendo un ruido cualquiera.

Pero no adelantemos la narración. Los dos vapores que habían armado en guerra los revolucionarios aparecieron por la Punta de Chiltepe y se fueron aproximando a Managua, causando en la población una alarma indescriptible. Las calles se llenaron de no combatientes, que huían hacia el campo recordando los estragos que causaron unas pocas bombas lanzadas por esos vapores uno o dos días antes. Los vapores, sin embargo, pasaron frente a la ciudad sin disparar uno solo de sus cañones, y se dirigieron a La Ensenada, desde donde empezaron a bombardear La Cuesta.

Visto ello por el Gral. Vijil, me dijo:

"Queda Ud. aquí, como Mayor General, cumpliendo las órdenes que vengan del Presidente o del Gral. en Jefe. Yo voy a bombardear esos vapores".

Tomó un cañón que estaba donde es hoy el Parque Infantil y salió para La Ensenada, llevando consigo artilleros y los pertrechos necesarios.

Desde este momento la situación iba a cambiar de aspecto completamente: el triunfo a convertirse en derrota.

Uno de los Castillos, no recuerdo si don Telémaco, pasó por la Mayoría y me dijo entérese de lo que dice este telegrama: era del telegrafista de La Cuesta; decía así:

"Qué hago? Aquí todos huyen".

Comentaba esa noticia con el Dr. Cárdenas, no queriendo darle crédito cuando llegó el siguiente del General en Jefe:

"El enemigo había sido rechazado de todas partes. Sólo quedaba haciendo una débil re-

sistencia por su derecha. Salí a picarle la retaguardia y lo puse en fuga; pero al volver al frente he tenido la sorpresa de ver que nuestros soldados huyen por unas bombas que han lanzado los vapores. Mándeme la tropa existente en la plaza para que apoye mi retirada”.

Inmediatamente me dirigí al cuartel principal, y pregunté al Gral. Cuarezma:

—De cuántos hombres se compone la fuerza de su mando?

—De 400, me contestó él.

—Salga inmediatamente con esa fuerza para La Cuesta a ponerse a las órdenes del Gral. en Jefe.

—Inmediatamente se cumplirá su orden, contestó el General Cuarezma.

Y las compañías fueron saliendo una tras otra y alineándose en la plaza (el parque hoy) en correcta formación.

En esos mismos momentos desmontaba el Señor Presidente frente a la mayoría General en medio de su Estado Mayor y de un grupo de amigos que la aclamaban incesantemente con los gritos de ¡Viva el Presidente Zavala!

Yo, creyendo que el desastre había ocurrido cuando él venía de camino, me le acerqué, y presentándole el telegrama del Gral. Avilés, le dije: mire, señor Presidente, las últimas noticias de La Cuesta.

El Señor Presidente tomó el telegrama en sus manos, y luego me lo devolvió diciéndome: Sí; ésto es un sálvese quien pueda.

Luego, viendo las tropas que se estaban alistando en la plaza, me dijo a gritos en tono de reproche:

—¿Qué hacen allí esas tropas? Que no ve Ud. que los vapores están enfrente y que de un momento a otro pueden acabar con ellas a cañonazos?

—Señor Presidente, le contesté, esas tropas salen en este momento a ponerse a las órdenes del Gral. Avilés.

—Pero ¿qué hacen allí esas tropas? y continuó:

“Gral. Cuarezma, ponga esas tropas entre el Palacio y la Parroquia, y espere nuevas órdenes”.

Allí fueron llevados 400 hombres; y habiendo quedado sin Jefes ni Oficiales, sucedió lo que indudablemente debía suceder: después de estar formados cierto tiempo, se aburrieron, y cada cual fue tomando el camino que más le plugo.

No bien acababan de ocurrir estas cosas, cuando por la calle que hoy va del Palacio a la casa del Correo, apareció don Gustavo Guzmán con la cara ennegrecida por el humo de la pólvora, diciendo a grito partido:

¡Vengo derrotado!

Cuando se dirigía frente a la Mayoría General se dirigió de manera agresiva contra el Dr. Cárdenas, increpándolo con toda la fuerza de sus pulmones:

“Vengo de donde silvan las balas, derrotado, sí, pero peleando. No como tú, cobarde, que a la hora del peligro vas a esconderte entre los fustanes de la mujer. Mándame ahora a la cárcel, infame”.

Según se me dijo entonces, la cólera de Guzmán contra el Dr. Cárdenas provenía de que aquella mañana el Dr. lo había reprendido fuertemente por ciertos manejos que el averiguó, y que le había dicho: “Si yo tuviese poder, mandaría a Ud. a la cárcel”.

Qué día aquel, amigo Bárcenas. Las tropas que habían estado en La Cuesta penetraron desbandadas en la ciudad y se esparcieron por todos los barrios. Cada soldado iba disparando su rifle sin tregua ni descanso. Managua presentaba el aspecto de una ciudad que se estaba tomando por asalto.

Ya no quiero recordar más de aquellos sucesos. Quisiera que para siempre se borrarán de mi memoria. Fui de los que más activamente trabajaron en favor de la revolución que estalló en Granada el 28 de abril, y ahora veo con tristeza que aquella chispa produjo un incendio que todavía no se ha apagado. ¡Cuántos horrores y cuantas desgracias no hemos tenido que lamentar después!

Deseo muy de veras haber complacido a Ud., y que con el mayor gusto me extienda mi boleta de solvencia.

Soy su affmo. y S. S.

PABLO HURTADO